



Ruralidad, agricultura y transacciones entre imaginarios

Rufino Acosta Naranjo, Grupo de investigación Cultura, Ecología y Desarrollo de Pequeños Territorios (GICED), Departamento de Antropología Social, Universidad de Sevilla

Hasta no hace mucho tiempo parecía revelárenos como evidente la distinción rural-urbano, sobre la base de características de tipo productivo, geográfico, demográfico y cultural. Hoy en día se han ido haciendo cada vez más borrosos los perfiles de tal distinción, habida cuenta de la pérdida de importancia de la agricultura, el despoblamiento rural, la concentración urbana, la globalización y la uniformización cultural. No obstante, por razones que se irán desgranando a lo largo del texto, persiste y se rehace, al menos en ciertos ámbitos, la idea de ruralidad, sea explicitada así o bajo la forma de distintos conceptos, representaciones y deseos. Una pluralidad de agentes e intereses conforman un campo de fuerzas en la nueva definición de lo rural y sus contenidos, imponiéndose a veces el deseo y los imaginarios sociales sobre las propias bases materiales que soportarían la conceptualización clásica. Sea como fuere, y a pesar de la desagrarización, lo agrario sigue siendo un elemento central en el territorio y una moneda fuerte en las transacciones, de bienes y servicios, pero también entre imaginarios, que se carga de nuevas dimensiones y funciones para las gentes, tanto de los pueblos como de las ciudades. Huyendo de esencialismos y escolasticismos, en esta reconfiguración de las identidades rurales, lo agrario, y la cultura y el patrimonio a ello vinculados, es un activo importante de cara al desarrollo rural y a la preservación ambiental del planeta.

Rurality, Agriculture and Negotiating the Social Imaginary

Until not long ago, a clear rural-urban distinction seemed evident based on productive, geographical, demographic and cultural characteristics. Today, the outlines of such a distinction have become increasingly blurred, given the declining importance of agriculture, rural depopulation, urban concentration, globalization and cultural uniformity. Nonetheless, for reasons that will be discussed in the text, there persists, at least in certain areas, an idea of rurality, either stated as such or expressed in the form of different concepts, representations, and desires. A plurality of actors and interests are at play in the new definition of rurality, sometimes imposing desire and social imagination onto the very material foundations that support this classic understanding. Nevertheless, despite its declining practice, agriculture remains a central element in the territory and a primary force in the transactions of goods and services. It also operates in the interplay between social imaginaries and is given new dimensions and functions for people from both villages and cities. In this reconfiguration of rural identities (separating itself from scholasticism and essentialism), agriculture (and the culture and heritage related to it) is an important asset for rural development and the environmental preservation of the planet.

Para las pequeñas localidades, la agricultura y los paisajes agrarios son un elemento importante en su autorrepresentación y en la representación de cara al exterior, en su identificación social. En la imagen, finca de Los Arentinales en Los Molares (Sevilla). Foto: Jaime Moreno Tamarán

SOBRE LA DISTINCIÓN CONCEPTUAL RURAL-URBANO

En el contexto de las continuas y agudas transformaciones propias del nuevo milenio, son muchos los conceptos que se someten a revisión, debate y, en muchos casos, supresión. En este sentido es recurrente la crítica a concepciones dualistas bien asentadas, forma de pensamiento que se imputa a la condición de la modernidad. Así nos encontramos, entre muchas otras, con las distinciones hombre-mujer, humano-no humano, naturaleza-cultura o mente-cuerpo (HARAWAY, 1995: 304). Aunque la crítica posmoderna a los planteamientos de la modernidad ha sido de gran utilidad a la hora de desentrañar las implicaciones ideológicas, políticas y culturales de que están cargados, ha resultado bastante endeble (en ese sentido sí que es pensamiento débil) a la hora de proponer alternativas felices a dichos conceptos y formas de pensar, escapándose por la escalera de incendios de la indeterminación, con ensalmos a la complejidad o la relacionalidad, que si bien son necesarias, o imprescindibles diría yo, no son ni mucho menos suficientes para plantear un marco de pensamiento desde el que intentar entender la realidad, partiendo de la idea de la misma como objeto construido. Como conceptos discutibles y discutidos pero no reemplazados quedan muchos de ellos, endosando la crítica pero persistiendo los teóricos en un fondo de realidad de los mismos. Como mal menor, o como tabla de salvación de los profesionales que han vivido de ese concepto, hay ideas a las que se agarran los intelectuales que, aun reconociendo la desaparición de los elementos diacríticos que otorgaban amparo a tales distinciones conceptuales, entienden que hay que indagar por qué éstas persisten. Podemos decirlo de la idea de la naturaleza *versus* cultura (DESCOLA; PÁLSSON, 2001; ELLEN; FUKUI, 1996) o la de rural *versus* urbano (BONNAMOUR, 2001; GONZÁLEZ FERNÁNDEZ; CAMARERO RIOJA, 1999: 57). En ambos casos se plantea estudiar cómo se crean, recrean, persisten o no existen tales diferenciaciones en las distintas sociedades. De forma paradójica, la discusión sobre su existencia vendría a ser prueba de su existencia misma, asunto curioso como toda teodicea.

La distinción rural-urbano tiene una amplia trayectoria teórica, fundamentalmente en la Antropología, Sociología y Geografía y, adelante, quizás sea desde

la perspectiva geográfica, del espacio o los espacios, donde más sentido tenga últimamente tal idea. Tradicionalmente lo rural vendría definido por pequeñas localidades, se decía que inferiores a 10.000 habitantes; con una actividad económica agraria; en que se dan unas relaciones cara a cara; con un sentido de comunidad, frente al de sociedad; y una cultura específica diferenciada de la que existe en las ciudades, de las cuales estarían relativamente aisladas.

Asociado al concepto de rural estaría el de campesinado, como una categoría social definida por la posición subordinada respecto a la sociedad mayor; la actividad agraria, y ésta entendida como una forma de vida y no como un negocio; la familia como unidad económica, de explotación y consumo; de nuevo la familia, esta vez junto a la comunidad, como forma de organización social; y una cultura propia diferenciada de la sociedad mayor. En la conceptualización del campesinado últimamente se ha añadido desde la Agroecología la característica del manejo renovable de los recursos con una tecnología simple.

Desde la Antropología y la Sociología se contribuyó, y mucho, a allegar ideas y materiales, datos empíricos que asentarán tal clasificación, como forma de entender la realidad de los grupos, pero también como una manera de crear la realidad que se pretendía comprender, cosa que por otra parte siempre sucede. Si Robert Redfield definió el continuo folk-urbano y los antropólogos y las diferentes tradiciones de estudios campesinos trabajaron el primer polo, los sociólogos se ocuparon en un principio del segundo, con Louis Wirth definiendo el urbanismo como forma de vida. Una caracterización bastante interesante de lo urbano es la que se sitúa en la línea de los trabajos de Harvey y de Castells en los años setenta del pasado siglo, como formas espaciales explicables por un uso intensivo del espacio, que relacionan con las necesidades de consumo colectivo en el capitalismo (NEWBY; SEVILLA GUZMÁN, 1983).

Con independencia de reificaciones desaforadas y otros excesos, entiendo que efectivamente existió hasta no hace mucho, y sigue existiendo en ciertos lugares, una base de razón para estudiar las diferencias entre rural y urbano, y las formas culturales que se pueden encontrar en esos ámbitos, y creo también que el campesinado

ha existido como categoría histórica y aún persiste en cierta manera en algunos países. De la misma manera entiendo que en la España contemporánea el campesinado ya no existe como tal y que lo que hemos conocido como mundo rural no constituye más una categoría bien distinta desde el punto de vista de la cultura.

Pero vayamos por partes. Desde el punto de vista territorial y económico han quebrado rasgos fundamentales de la diferenciación en cuestión. En primer lugar, la agricultura sigue siendo la base de esos territorios antes llamados rurales, pero se ha dado una gran diversificación de la economía, como un proceso impensado, aunque también como una estrategia política claramente explicitada, uno de los pilares de la Política Agraria Común (PAC), y sustanciada en iniciativas concretas, por ejemplo los programas LEADER de la Unión Europea.

Por otra parte, la mayoría de la población vive ya en entidades de más de 10.000 habitantes, habiendo emigrado una gran parte los pobladores rurales a ciudades o concentrándose en entidades medias, que han crecido también. Los que viven en disperso son aún menos. No obstante, todavía hay un número considerable de personas que habitan en localidades pequeñas, donde también persisten las relaciones cara a cara, al igual que en parte sucede en ciertos ámbitos de las ciudades, y en ellas también sigue existiendo un sentido de comunidad.

Por último, ya no existen comunidades rurales aisladas, ha habido un gran desarrollo de las infraestructuras y los medios de transporte, de los flujos de relaciones entre los habitantes de los pueblos y las ciudades, con desplazamientos continuos de uno a otro lado (y dentro del medio rural) en forma de migraciones, viajes, visitas, desplazamientos laborales, etc. Los medios de comunicación y las prácticas de consumo han acercado igualmente las formas de vida y el medio rural también se ha convertido en un espacio de consumo, dentro de un contexto general de globalización, de difusión de contenidos culturales por doquier. El desvanecimiento de las fronteras entre lo rural y lo urbano se ha dado fundamentalmente mediante el proceso de modernización del campo y los pueblos, del cambio cultural. Si en el continuum folk-urbano siempre subyació para algunos la idea de atraso *versus* moder-

nidad, la esperanza evolucionista en esa línea parece haberse cumplido en gran parte.

Cuando líneas atrás señalaba la mayor fundamentación de la pervivencia de la categoría rural en el ámbito de la Geografía me refería a que, a pesar de la reconfiguración del espacio que ha tenido lugar, aún puede percibirse menor borrosidad de lo rural desde esta óptica. En efecto, aunque lo agrario haya perdido centralidad para las gentes, es decir, el porcentaje de personas dedicadas a las actividades agrícolas, ganaderas y forestales ha decrecido espectacularmente, sin embargo porcentualmente sigue habiendo un enorme espacio dedicado a esas actividades, a pesar de que también haya sido considerable el avance del suelo urbano, industrial y ocupado por infraestructuras, en un uso intensivo del espacio característico del fenómeno urbano.

Pero incluso aquí vemos que tampoco nos sirve una diáfana separación por estos usos del espacio. Nos encontramos más bien con una multiplicidad de formas espaciales, híbridas, alternantes, discontinuas, diversas (BONNAMOUR, 2001), además de una fragmentación y dispersión de actividades, usos, polos y nodos: zonas periurbanas; espacios agrarios de explotación intensiva y lógica industrial; mares de plástico; pueblos semiabandonados; agrocidades reconvertidas en ciudades medias con importante desarrollo industrial y de servicios; *resorts*; enclaves residenciales de gente que trabaja en la ciudad y habita en chalés entre pinares; poblamiento turístico litoral; barrios altamente poblados; centros de negocios deshabitados fuera del horario laboral; ciudades dormitorio; polígonos industriales; lugares y no lugares; áreas comerciales; grandes espacios de ocio; inmensos parques temáticos; campos de golf; pistas de esquí; parques nacionales o naturales; urbanizaciones ilegales relativamente dispersas; áreas residenciales urbanas de modelo norteamericano rodeadas de amplios espacios y escaso volumen de edificación; complejos de segundas residencias en pequeños pueblos de montaña... En definitiva, diversas y diferentes ruralidades, urbanidades y rururbanidades, conectadas además en una nueva estructura en red, aunque una red asimétrica y con nodos de diferente magnitud, para distintos propósitos, con variados vectores y, por supuesto, tensada por tramas de poder desiguales. Y tampoco nos sirve el modelo de *continuum* para poder explicarlo,



La idea de comunidad pervive a distintas escalas, en muchos ámbitos, entre ellos los pueblos. Esa persistencia del concepto y la vivencia resulta más relevante cuando en otros lugares no se da y, es más, se añora, se echa de menos, y se desea vivir. En la imagen, Casa del Pueblo en Baños de la Encina (Jaén). Foto: Víctor Fernández Salinas

puesto que no hay linealidad, sino diversidad, pluralidad, discontinuidad. Sin embargo, no hay que olvidar que en esta multiplicidad de formas que pudiera sugerir pluralismo hay también una gran uniformidad, de estilos arquitectónicos, de modelos de urbanismo, iguales muchos de ellos entre sí por todo el planeta, con franquicias conceptuales que hacen que en una región se alternen muchas formas espaciales, pero que se repiten en parte a lo largo del orbe.

Aún así, en algunos de los múltiples espacios existentes podemos encontrar el reducto del viejo concepto de ruralidad, reconstruido, redefinido y resignificado por diversos grupos de actores sociales en un campo de luchas por el poder, el espacio y el significado, a veces en oposición a los que fueron habitantes históricos de esos lugares, a veces en colaboración con ellos. Entre los agentes en pugna por imponer su modelo de territorio y de cultura tenemos: de una manera preeminente, al Estado, con sus políticas de ordenación del territorio, protección de la naturaleza, ordenación forestal, dotación de infraestructuras; las agencias de desarrollo; inspectores varios; agroindustrias; organizaciones ecologistas;

ayuntamientos necesitados de fondos a través de recalificaciones o convertidos en agentes de resistencia local frente a la avalancha externa; constructoras; emprendedores económicos locales y foráneos; antropólogos; arquitectos del paisaje (¿para paisajes de autor?); historiadores y patrimonializadores de todo tipo y condición; estudiantes de doctorado e investigadores; vecinos que quieren seguir viviendo a su manera sin ser molestados; vecinos deseosos de un poco de actividad, novedad y "ambiente", de un revulsivo para sus decadentes pueblos; retornados de fin de semana; turistas; jóvenes que estudian fuera; senderistas; *pájaros de la niebla*, nuevos residentes que vienen de la ciudad o de países del Norte; emigrantes retornados; hijos del pueblo que vuelven los fines de semana; neorrurales alternativos; jóvenes profesionales de los pueblos; técnicos de las agencias de desarrollo y grupos LEADER; trabajadores locales que se desplazan a diario a su labor en otras localidades; inmigrantes; *e tutti quanti*.

Es en este contexto espacial y social donde se dirime la interacción, la dialéctica, el debate, el conflicto y el acuerdo sobre la ruralidad y el medio ambiente, como



En algunos de los múltiples espacios existentes podemos encontrar el reducido del viejo concepto de ruralidad, reconstruido, redefinido y resignificado por diversos grupos de actores sociales en un campo de luchas por el poder, el espacio y el significado, a veces en oposición a los que fueron habitantes históricos de esos lugares, a veces en colaboración con ellos. En la imagen, Almonaster (Huelva). Foto: Víctor Fernández Salinas

uno de los elementos característicos en esa reconstrucción ideal de la ruralidad.

COMUNIDAD, AUTENTICIDAD, NATURALEZA Y SALUD. LOS IMAGINARIOS Y SU UBICACIÓN EN EL ESPACIO

La agricultura aparece como uno de los elementos recurrentes que dan soporte a cualquier intento de retención de ruralidad, a cualquier forma de nueva ruralidad, aunque con matices. En efecto, resulta difícil afirmar el carácter rural del mundo de la agricultura del poniente almeriense, una sucesión de invernaderos altamente tecnificados, salteados de edificaciones e instalaciones de servicios y comerciales diversas para el suministro de productos, concesionarios de todo tipo y plataformas de comercialización, en un contexto social de alta presencia de braceros de múltiples nacionalidades, donde se alternan edificaciones ostentosas e infraviviendas invisibilizadas.

En definitiva, al igual que formas espaciales, agriculturas hay muchas, y algunas de ellas de difícil encaje

con la conceptualización de lo rural, y aún menos con la percepción pública o el imaginario social de lo rural en Andalucía. No obstante, lo agrario, sea como actividad importante en la vida económica de una localidad, sea como espacio agrario envolvente de la misma, como paisaje o como símbolo y expresión de la experiencia social colectiva, está presente y es eficiente culturalmente en gran parte del territorio. Un paisaje no es sólo un escenario, es una vivencia, una experiencia, y el resultado de la transformación de los ecosistemas en agroecosistemas a través de los procesos de trabajo, el conocimiento local y la memoria colectiva. Es fruto de la cultura y tiene la impronta de los grupos que lo han creado y con él han convivido, sean o no agricultores, tengan implicación vital intensa en su forja o carezcan en gran parte de ella. Hay una identificación individual y colectiva, reconocida como algo propio a través de la actividad y el trabajo, propio o de los convecinos, de los paisanos, hay un vivencia, lúdica, recreativa, sentimental o ritual.

Ciertamente, para las pequeñas localidades, la agricultura y los paisajes agrarios (aunque en ellas no lo vivan ni denominen como paisaje) son un elemento importan-

te en su autorrepresentación y en la representación de cara al exterior, en su identificación social, aunque por supuesto no el único. La importancia histórica o actual de la agricultura, la presencia envolvente del agro, es un hecho insoslayable a la hora de interpretar y presentar el ser social, de definir la propia personalidad, más allá de la importancia laboral o económica de aquélla. A la hora de crear una imagen de comarca o localidad, en muchos territorios el referente fundamental tiene que ver con elementos del mundo agrario, muchos de ellos resignificados, desprendidos de sus dimensiones penosas, dramáticas, de pobreza, dominación social, etc.

Ahora bien, en ese proceso de expresión identitaria colectiva tienen parte no sólo los habitantes locales, sino otros muchos agentes, individuales, colectivos, corporativos, institucionales, de distintas características, que son los que enunciamos más arriba, tanto de dentro como de fuera, con intereses coincidentes o contrapuestos. Tras estas tensiones y transacciones están los imaginarios colectivos sobre lo rural, lo auténtico y lo natural, los modelos de lo rústico, lo silvestre y lo salvaje, como nos muestra Frigolé (2007), sin los cuales poco se puede entender.

En efecto, en las sociedades urbanoindustriales contemporáneas se dan fenómenos aparentemente contrapuestos de homogeneización y fragmentación, de procesos de globalización y expansión a todo el orbe de modelos económicos, sociales, políticos y culturales nacidos y creados en sociedades occidentales. Pero a su vez, asistimos a un proceso de reinterpretación de tales procesos según condiciones locales, al surgimiento de nuevas formas híbridas (GARCÍA CANCLINI, 1999; APPADURAI, 2001), a especificidades en los distintos desarrollos, a modernidades regionales simultáneas (VACCARO, 2006; AGRAWAL; SIVARAMAKRISHNA, 2003) y a lo que Robertson (2003) denominó glocalización.

Por referirnos al caso español y andaluz, las sociedades occidentales y del Norte se caracterizan por la fragmentación social y por una (¿aparente?) pluralidad de hábitos, experiencias y formas culturales. Surgen múltiples maneras de identificación y representación posibles, a partir de las cuales los individuos han de elegir para conformar sus formas de vida e identificación (CASTELLS, 1996). Los mercados, laborales y de bienes y servicios, se

caracterizan por la segmentación, los productos se presentan cada vez más a través de un elaborado mundo de enunciaciones y sugerencias simbólicas, de evocaciones afectivas, de distinción y de identificación social. El fin de los metarrelatos, de los grandes proyectos político-ideológicos colectivos y el desdibujamiento de la comunidad en muchos casos, lleva a otras formas de identificación, de búsqueda de estructuras de significación que ordenen y expresen la experiencia individual o colectiva, que hagan a los individuos sentirse pertenecer a un grupo y justificar su existencia como ser personal. Hay notables déficits en lo que a proxemia se refiere que necesitan ser superados, hay necesidades de sociabilidad, de vivencia supraindividual, colectiva, nostalgia de *communitas* que buscan ser resueltos por diferentes caminos, de vinculación real o virtual con los otros. La creatividad humana, la fuerza de la razón vital, la capacidad de crear universos de sentido, otros dirán que de alienación, es mucha, y los medios para alcanzar esas metas a veces impensados. Lo social nos hizo humanos, la cultura fue medio y expresión de ello, y en la cultura y sus significaciones seguimos abundando para seguir siendo, quizás también para destruirnos, cual evidencia la crisis ecológica, en definitiva una crisis de civilización.

Pero como decimos del espacio, de la cultura, de la ruralidad, de las formas de acción social e individual, la realidad es plural y compleja. Frente a los no lugares de la sobremodernidad tenemos lugares transidos de presencia, raigambre, evocación de vivencias compartidas y reactualizadas. La idea de comunidad pervive a distintas escalas, en muchos ámbitos, entre ellos los pueblos. Esa persistencia del concepto y la vivencia de comunidad resulta más relevante cuando en otros lugares no se da y, es más, se añora, se echa de menos, y se desea vivir aunque sea de manera vicaria, ocasional, o simplemente se quiere que siga existiendo, que sea preservada.

Pero si hoy en día hay una búsqueda de sentido y colectividad, de anclaje común, de pervivencia en el nosotros más allá de la muerte personal, algo parecido podemos decir del auge de ciertas ideas como las de tradición, autenticidad, naturaleza o salud, como contraparte de la artificialización, degradación ambiental, modernización, simulacro, industrialización o riesgos para la salud, conceptos que en este apartado vamos a ir desgranando como partes sustanciales de un ima-

ginario social que tiene gran importancia a la hora de entender la nueva relación de la sociedad mayor con los espacios agrarios y rurales.

Si empezamos por abordar el asunto de lo tradicional, frente a la aceleración del cambio social y tecnológico, frente a la modernización, la destrucción creativa, la internacionalización, el cosmopolitismo, la globalización cultural, la pérdida de formas culturales autóctonas, la expansión de contenidos culturales foráneos, modernos, estandarizados, aparece una valoración de la tradición, de la cultura propia, vernácula, popular u otras variantes de algo que en esencia remite al pasado, la comunidad, lo idiosincrásico, artesano o singular. No podemos entrar aquí en la definición de cada concepto, su proceso de construcción y los intereses en liza, pero lo cierto es que todo ello cobra valor, social y comercial, identitario y de mercado, para los individuos, los colectivos y las instituciones. Todo un fenómeno de reivindicación de la cultura local está en boga, la oleada patrimonializadora que en cierta manera gira en torno a ello también es considerable, casada asimismo con el referido proceso de búsqueda de identidades y reconstrucción de la comunidad. Distintos grupos, con desiguales dotaciones de poder, intentan imponer su definición de la realidad sobre la cultura autóctona y el patrimonio, destilan, seleccionan unos elementos del presente y el pasado (y no otros) para conformar el patrimonio de un lugar o colectivo, construyendo, a veces por decreto, la herencia cultural. Frente a lo extraño, lo propio, frente al simulacro, lo auténtico, definido como *de siempre*, intemporal casi, artesano. Pero a veces lo auténtico es simulado, liofilizado, irreal por parcial, espúreo por no vivido. Véase si no el caso de muchos mesones, abacerías, establecimientos rústicos con materiales plásticos que imitan la madera, o el pan de leña (yo prefiero el de harina) que se publicita como cocido en horno de leña pero que vemos sacar ante nosotros de un horno eléctrico, siendo además precocinado. En cualquier caso, esos simulacros de autenticidad, ese exotismo, constituyen un imaginario que finalmente tiene una virtualidad en la praxis de los grupos, pues las tradiciones también se inventan.

Pasando ahora al asunto de la naturaleza, la separación entre ésta y la cultura es otra de las dualidades modernistas en tela de juicio. Las evidencias etnográficas nos muestran cómo son muchas las sociedades



Todo un fenómeno de reivindicación de la cultura local está en boga. Huerto en Pallares (Badajoz). Foto: Blanca Martínez



Distintos grupos, con desiguales dotaciones de poder, intentan imponer su definición de la realidad sobre la cultura autóctona y el patrimonio. Silo de Monesterio (Badajoz), actual Centro de Interpretación de la Naturaleza de Tentudía. Foto: Ramón Rodríguez Franco

en que tal diferenciación no existe, cómo entre las culturas que se basan en ecocosmologías hay una unidad esencial entre todo lo existente. Es una de las líneas fuertes de investigación en Antropología la de la variabilidad de representaciones de la naturaleza (DESCOLA; PÁLSSON, 2001; ELLEN; FUKUI, 1996) para intentar buscar razones, procedimientos y consecuencias de tal separación ontológica.

Para Dwyer, que estudió a los kubo, los etolo y los siam, la noción de algo que en cierto modo, sólo de cierto modo y de forma vaga, pueda asemejarse a nuestro concepto de naturaleza aparece allá donde se da una mayor transformación productiva del espacio, permaneciendo intacto un ámbito lejano con características diferenciales del que habita y transforma ese grupo. Aun así, insisto, hablar de naturaleza allí es un exceso (DWYER, 1996).

Roy Ellen, en su estudio sobre los nualulu, nos hace ver que no hay conceptos parecidos al nuestro de naturaleza, si no es de manera muy vaga y en contextos relacionales complejos. Ellen nos plantea una geometría cognitiva de la naturaleza, por la que nos parecería más reconocible como tal objeto, la naturaleza, aquél que posee las tres dimensiones de esencia interior, tipo de "cosas" y espacio que no es humano (ELLEN, 2001).

Descola, que en la Antropología de la naturaleza tiene su gran proyecto intelectual, nos pone de manifiesto esta pluralidad de formas de conceptualizar y vivir la distinción humano-no humano y, para el caso de los jíbaro achuar y muchos otros, nos plantea que tal distinción entre naturaleza y cultura no existe, que en ese ámbito todo es cultura, viven en una selva culta, pues toda ella está dotada de significado por los moradores (DESCOLA, 1989).

En Occidente la separación entre humanos y naturaleza tuvo hitos importantes en el antropocentrismo renacentista y en el racionalismo de la Ilustración, en el asentamiento de la ciencia moderna a partir de Bacon y Descartes, con la naturaleza como algo externo que había de ser conquistado por el conocimiento y explotado a partir de él. El proceso de artificialización de los ecosistemas y del propio ámbito de la vida cotidiana de las personas, el maquinismo y la tecnología, la desaparición de grandes espacios silvestres o agrarios, la crisis ecológica y la vida

en aglomeraciones urbanas, llenas de contaminación y ruidos de máquinas, han ido haciendo crecer la idea y el mito de la naturaleza, ahora sí, como algo absolutamente exterior, pero deseable. El imaginario social construye la naturaleza como ese ámbito lejano, intacto, con el que hemos sufrido una escisión esencial, del que nos hemos separado y al que queremos y debemos volver. Evoca un universo semántico de virginidad, exuberancia, inocencia, paraíso, salud, paz, remanso, vida, relajación y ausencia de pecado civilizatorio o intervención humana. Todo ello se ve reforzado por la asunción, siquiera parcial, de las ideas y demandas de los movimientos ambientalistas respecto a la preservación del medio y la lucha contra la degradación ambiental, que también nacen en y por ese contexto descrito.

Respecto a la salud, nos encontramos también con una nueva dimensión de valoración. Evidentemente, todas las culturas han estado preocupadas por ella, no es una novedad. Hoy en día, el desarrollo de la medicina, la tecnología y la cultura sanitaria han hecho que disfrutemos de una larga calidad y esperanza de vida, y que hayan terminado siendo benignos o de poca importancia padecimientos que antes llevaban a la muerte a mucha gente. Sólo desde una perspectiva fanática se pueden negar los logros a ese respecto. Ahora bien, la mayor sensibilidad hacia la salud, el mayor nivel educativo y otra consideración del cuerpo, su centralidad absoluta y el culto en torno a él, la superación de ciertos estadios de higienismo, hacen precisamente que se esté muy pendiente de ciertas realidades. La salud, lo saludable, es otra de las ideas recurrentes y en boga en la cotidianidad, en los medios de comunicación y en las políticas públicas. Mucha de la preocupación en torno a ella tiene que ver con las prácticas culturales, con los hábitos alimentarios de las personas, con el tipo de dieta, rica en grasa e hidratos de carbono, además de los hábitos sedentarios.

En efecto, mientras un número vergonzante de personas muere a diario a causa del hambre, además de los que sufren de alguna manera desnutrición o han de pelear por una cantidad mínima de alimentos, en los países del Norte la población tiene cubiertas sus necesidades en este sentido. Y es precisamente el haber vencido al problema de la cantidad de alimentos, el llegar incluso a su derroche, lo que hace que la preocupación empiece a ser la calidad de éstos. Junto a ello tenemos también

el asunto de la baja calidad de muchos alimentos, en su elaboración y composición, en los aditivos químicos que contienen, en la forma de producirlos en campos y granjas, en los fraudes sanitarios y alarmas alimentarias asociadas a la producción agroalimentaria industrial. Los pesticidas, herbicidas, plaguicidas, fertilizantes, hormonas y medicamentos empleados en la agricultura y ganadería convencional son una fuente de preocupación ciudadana. El cáncer se nos presenta como una de las manifestaciones más dolorosas y llamativas de todo ello, pero también podemos recordar el aumento de las alergias de todo tipo, la obesidad, la diabetes o los procesos estrogénicos resultado de ciertos envases plásticos. Igualmente vemos el efecto directo de los alimentos no ya en su consumo, sino en la forma de producirlos, cual es el caso, por poner un ejemplo, de lo que está sucediendo en Santa Cruz, Argentina, con un grave problema de malformaciones en niños provocadas por la fumigación con *malatión*.

La agricultura, el tipo de agricultura industrializada y los altos insumos químicos, la estandarización y homogeneización de las producciones, el bajo valor nutritivo de algunos productos, de los que se han sacrificado características alimentarias en favor de otras más rentables comercialmente (color, durabilidad, transportabilidad, etc.), son responsables en parte de muchos problemas de salud, junto con otras causas derivadas del paso de un producto agrario a uno agroalimentario, de su trans-



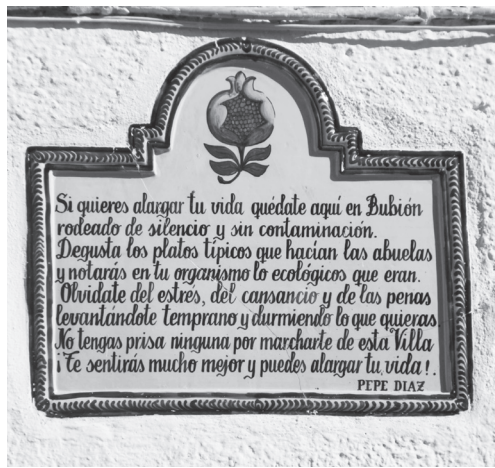
Frente a lo extraño, lo propio, frente al simulacro, lo auténtico, definido como *de siempre*. Quesos artesanos en Santa María de Navas (Badajoz). Foto: Ramón Rodríguez Franco

formación, envasado, preparación para la conservación, etc. Frente a eso aparece otro tipo de agricultura, más respetuosa, tanto con el medio, como con la salud, y ciertos espacios rurales se vinculan con ello, a través de la ideas de falta de artificialización o naturalidad. Aparecen segmentos de mercado en los que ya la cantidad o el bajo precio no es lo que prima, sino su origen, su proceso de elaboración, la evocación de autenticidad, el propio lugar geográfico, su identificación con el pasado, el recuerdo, lo campesino idealizado, etc.

La salud se asocia con lo rural no sólo a través de lo que acabamos de exponer sino también vinculada con la idea de la vida sana, al aire libre, en la naturaleza, sin prisas ni estrés, en un ambiente bucólico, de disfrute, y además, consumiendo directamente lo que se produce, sin intermediarios ni industrialización, en lo que entra en liza también la gastronomía vernácula o tradicional, los restaurantes locales, etc.

LA AGRICULTURA, LOS PUEBLOS, EL SIGNO Y LA TRANSACCIÓN

Llegados a este punto, podemos entender cómo los ámbitos rurales, ciertos espacios de entre la multiplicidad de formas existentes, ciertas ruralidades, se avienen con los procesos, inquietudes y pulsiones recién expuestos, y en ellos se negocian las definiciones, los usos, los be-



La salud se asocia con lo rural vinculada con la idea de la vida sana, sin prisas ni estrés y consumiendo directamente lo que se produce. Azulejo en Bubión (Granada). Foto: Víctor Fernández Salinas



Quizás esas ideas de otredad, exotismo, autenticidad, sean una de las fuerzas que empujan el rescate del concepto de ruralidad, una de las razones para que siga existiendo más allá de la desaparición de bastantes de los que fueron sus rasgos conformadores. Foto: Ramón Rodríguez Franco

neficios y los perjuicios del asentamiento de estos imaginarios sociales en el territorio y la sociedad de la contemporaneidad y, en ese trance, cambia la reputación que lo rural ha tenido hasta hace no mucho.

En efecto, más allá de la conceptualización de los académicos, históricamente ha existido en nuestra cultura una representación diferencial de algo parecido a lo rural, aunque no necesariamente nombrado de esa manera. Desde la Antigüedad clásica encontramos esa constante por la que el mundo del *ager* o el *pagus* se nos representa tanto de forma bucólica, horaciana, como oscura, opuesta al mundo de la civilización. No es en vano que la etimología de civilización nos remita a ciudad. Los paganos eran para los cristianos las gentes del *pagus*, de los campos, sumidos en la idolatría y la superstición. La Edad Media se representará ya en el Renacimiento como el tiempo del ocaso urbano, de la vuelta al campo y la ruina de la edad de oro. Algo parecido volveremos a encontrar al cabo de los siglos con la idea de atraso *versus* desarrollo, y recurrentes serán las visiones de un ámbito de oscuridad, odios inveterados, dramas rurales, España negra y pulsiones primarias.

Pero también habrá en la literatura autores que en toda época contemplen el campo con una mirada risueña, de la descansada vida frente al mundanal ruido, del denuesto de corte y alabanza de aldea, entre *el toque del alba* y *el toque de oración*, como titulaba Francis James. A pesar de la ideología civilizatoria urbana, ciertos movimientos, incluidos los nacionalistas y/o totalitarios, han ensalzado al campesinado y la vida rural como depositarios de las esencias nacionales, a veces frente a las ideas progresistas y modernizadoras, otras buscando allí un potencial revolucionario. Hoy en día esa defensa del mundo rural y campesino tiene valedores sobre todo entre quienes impugnan el modelo civilizatorio y globalizador, en el Primer y el Tercer Mundo, y tiene mucho que ver también la defensa de lo rural y los agroecosistemas tradicionales con el movimiento ambientalista, además de con las demandas de ocio rural de diferentes sectores, fundamentalmente de las clases medias urbanas. Quizás esas ideas de otredad, exotismo, autenticidad, sean una de las fuerzas que empujan el rescate del concepto de ruralidad, una de las razones para que siga existiendo más allá de la desaparición de bastantes de los que vimos fueron sus rasgos conformadores.

Hoy en día hay territorios con características precisas para ubicar las ideas y las pulsiones de naturaleza, autenticidad, tradición, salud. Se trata sobre todo de espacios que han quedado alejados de los procesos de modernización, de transformación espacial y económica, donde la agricultura industrializada no ha podido desarrollar sus formas específicas, cosa que sucede sobre todo en las áreas de montaña, de suelos de poco desarrollo o que, por alguna otra razón, no han contado con las ventajas para llevar a cabo sobre ellas una intensificación productiva que conlleva la unilateralidad de usos. Ahí se hace más claramente representable el ideal de naturaleza (supuestamente) intacta, quedan las formas de vida más tradicionales, el ambiente más sano, las producciones más artesanales, naturales y saludables. El lugar transmite su significado y cualidades a los productos, el origen es una garantía, aunque no lo sea, y de ello hacen uso quienes buscan situarse en ciertos mercados o en determinados espacios sociales y políticos.

En muchos sentidos, son reservas de significado, natural y cultural. En casos extremos, como sucede en ciertos espacios naturales protegidos de gran relevancia, son ámbitos para la plasmación de ideas de otredad y alocronía, de espacios y gentes de otro tiempo, como sostiene para el caso de Orgósolo Heatherintong (2001) o como sucedió históricamente con Doñana (ACOSTA NARANJO, 2002), intentando no presentarlos como lo que son, una forma más de radical contemporaneidad, una de las referidas modernidades regionales. El bucolismo, la mitificación, el realce de ciertos elementos distintivos y vernáculos es un hecho recurrente.

Pero todo lo referido anteriormente supone en el balance final un cambio bastante importante en la consideración de la ruralidad desde los ámbitos urbanos en España, donde hasta no hace mucho el campo y la vida en los pueblos evocaban ideas de atraso, subdesarrollo, precariedad, malas condiciones de vida, falta de higiene y analfabetismo. El campo, *ese horrible lugar donde los pollos se pasean crudos*, en palabras de García Márquez, deviene en naturaleza. Si la propia idea de aislamiento tenía una connotación negativa, de *estar dejados de la mano de Dios*, ahora ese aislamiento (en el sentido de desconexión de problemas de la cotidianeidad) es algo buscado y deseable, al menos para cortos periodos de



Modernidad agraria en Badolatosa (Sevilla). Foto: Ramón Rodríguez Franco



La idea de simulacro la vemos en la arquitectura y decoración de muchos establecimientos de turismo rural. La Casa del Arco en Almedinilla (Córdoba). Fuente: www.almedinillarural.com/casadelarco

tiempo y de manera un tanto relativa, pues se quiere que sea con cobertura de teléfono móvil y wifi. Ha habido por tanto un cambio de significación de lo rural vinculado a los ideales antes apuntados, se ha pasado del estigma a la loa. Parcialmente, quizás como retórica, lo rural y las ideas a ello asociadas tendrán valor como signo, en una economía con segmentos de mercado donde prima el valor frente al volumen, porque, no hay que olvidarlo, la producción a bajo costo, al menor precio por unidad, en la agricultura o en la industria, seguirá siendo algo fundamental, más aún teniendo en cuenta los procesos de deslocalización que siguen esa lógica transnacionalmente.

Esas ideas de naturaleza, ecología, conservación del medio, autenticidad, tradición, proximidad, carácter artesanal y salud, dan lugar a una nueva forma de demanda urbana sobre la agricultura y sobre los espacios que más se asemejan a la vieja ruralidad. El antiguo silo de Monesterio (Badajoz) convertido en centro de interpretación de la naturaleza de Tentudía es la plasmación material de esa adaptación a las nuevas

demandas. El anuncio de la fabada de la marca Litoral resulta en esa línea muy revelador del cambio de la imagen de lo rural en España y nos sirven de punto de arranque para hablar de transacciones y de imaginarios. Si ponemos a su lado la imagen de una de las películas de los años sesenta de Paco Martínez Soria, al llegar del pueblo intentando penosamente cruzar el semáforo y con una gallina en sus manos, vemos claramente cómo ha cambiado el estereotipo y la valoración de la gente de pueblo. En el anuncio de marras, la familia procedente de la ciudad se deleita en la degustación de una fabada supuestamente artesana, casera, tradicional, elaborada con productos del lugar, cuando en realidad se trata de un plato precocinado y enlatado. La abuela, ataviada a la vieja usanza como mujer de pueblo, hace creer a estas gentes que les ofrece lo que demandan, y cumple así las fantasías de aquéllas, porque el escenario y su propio atuendo inducen a ello. Quizás lo más llamativo sea la simpática malicia en el gesto con que la mujer se expresa.

Esa misma idea de simulacro la vemos en la arquitectura y decoración de muchos establecimientos de turismo rural o en el revestimiento en piedra de paredes de ladrillo en los pueblos, buscando la plasmación de un ideal rústico. También se enfatizan elementos parecidos en las fiestas, nuevas o viejas, y en los eventos que proliferan por doquier en los pueblos. La pérdida de funcionalidad o virtualidad cotidiana da paso a la liofilización y patrimonialización, a la reinterpretación. Lo instrumental retrocede ante el énfasis expresivo en las demostraciones de esquilas de ovejas, matanzas, elaboración de chanfainas, calderetas, migas, porras, gazpachos y cuantos otros platos se consideren más vernáculos. En las ferias de muestras comarcales que surgen por doquier, auspiciadas a veces por programas LEADER o PRODER, encontramos siempre signos de esa tradición y antigua ruralidad. Esas manifestaciones, nuevas festividades diría yo, que aparecen en los pueblos, son la manera de hacerse presentes en la sociedad global, con un acontecimiento singular, como una fe de vida sobremoderna; son a menudo una ocasión en que mostrar esos signos que ahora se presentan, resignificados, como identitarios, y sirven tanto para dentro de las comunidades como para fuera (ACOSTA NARANJO, 2007). Responden tanto a una necesidad o deseo interno como a una demanda externa,

que busca signos en que identificar esos imaginarios a los que tanto hemos aludido ya. Lo mismo sucede en lo restaurantes y casas rurales. Veamos, si no, la propia denominación de casa u hotel rural, pues la palabra rural no ha sido utilizada (me atrevo a decir) nunca por los llamados rurales, probablemente nació fuera, en algún despacho de la Administración, la Academia o la empresa, para dar un nombre, para crear atractivo un producto, y sin embargo ha sido asimilada por la gente de los pueblos (o de fuera que ha ido a vivir a los pueblos o hace negocio allí) como un reclamo, como una adecuación, también léxica, a esa demanda. Ha habido por tanto una negociación y una transacción.

Tiene razón Harvey cuando plantea que los territorios se reconfiguran, transmutan y compiten entre sí para captar capital y gente adecuados, para atraer y hacerse atractivos y deseables a éstas y otras demandas de fuera (HARVEY, 2004: 326). Pero quizás sea una rémora tradicionalista intelectual verlo de una manera apocalíptica, pues nada de eso se plantea respecto a la cultura en las ciudades, que se suponen son el ámbito de la constante transformación y competitividad.

Como sostiene Hervieu, hace falta un nuevo contrato social con el campo (HERVIEU, 1996). A la agricultura, además de la producción de alimentos, como siempre ha sucedido y sucederá, se le demandan otras cosas: esos mismos alimentos pero con especificidades, de calidad, origen, salud, inocuidad, etc., pero también externalidades ambientales positivas, como producción de oxígeno, agua, biodiversidad, ser sumidero de contaminaciones varias, etc. El medio ambiente es ahora un activo importante, un bien de mucho valor para la sociedad con el que cuentan los agricultores y el medio rural. Está en marcha todo un debate sobre la manera de llevar a cabo esa transacción de valores y el asunto es complicado.

Pero a la agricultura se le demanda igualmente ser un espacio de ocio, una forma de producción y el marco de un tipo de vida, un paisaje, un mundo añorado, el de los pueblos y los alojamientos rurales, hoteles y restaurantes, y también se quiere que avale el origen de ciertos productos, alimentarios o no, sin el cual no tendrían sentido. Se pide también que las gentes del campo y los pueblos sean de una determinada manera, aunque ellos a lo mejor no quieran serlo, porque en

realidad no lo son, o ya no les gusta y ahora desean ser como los que añoran esa vida rural sin convertirse a ella, sino sólo disfrutando de su contemplación.

En la pugna por los perfiles de la cultura, el patrimonio y los usos del territorio, en la definición de cómo hacerlo, qué reservar, qué proteger, qué promover, a quién y cómo pagar, sobre qué matriz cultural gestar todo esto, entra toda la pléyade de actores sociales que antes enumeramos, con intereses a veces contrapuestos, con alianzas cambiantes, con valores e imaginarios distintos, con la posibilidad de coincidir en una misma estrategia y acción, aunque para cada cual tenga significados distintos, responda, siquiera parcialmente, a imaginarios diferentes. Dentro o fuera de esos territorios antes llamados rurales, todos los mentados y muchos otros son los agentes conformadores del nuevo perfil territorial y social de esos espacios. El campo está abierto, y como nunca antes lo estuvo.

Bibliografía

- ACOSTA NARANJO, R.** (2002) *Pan de marisma. La caza como medio de vida en Doñana*. Sevilla: Biosfera, Publicaciones del Comité Español del Programa Hombre y Biosfera, 2002
- ACOSTA NARANJO, R.** (2007) Territorio, identidades y medio ambiente. Los nuevos contextos del desarrollo rural. En LAMA, J. M.; MORENO ROMAGUERAS, F. J. (coord.) *El territorio imaginado. 15 años de desarrollo rural en Extremadura (1991-2006)*. Mérida: Red Extremeña de Desarrollo Rural, 2007, pp. 265-272
- AGRAWAL, A.; SIVARAMAKRISHNAN, K.** (2003) *Regional Modernities*. Dheli: Oxford University Press, 2003
- APPADURAI, A.** (2001) *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Trilce-FCE, 2001
- BONNAMOUR, J.** (2001) El mundo rural ante el nuevo siglo: Potencialidades y desafíos. En GARCÍA PASCUAL, F. (coord.) *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*. Madrid: MAPA-Universitat de Lleida, 2001, pp. 23-41
- CASTELLS, M.** (1996) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol 2. El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1996
- DESCOLA, P.** (1989) *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los achuar*. Quito: Ediciones Abya-yala-Instituto Francés de Estudios Andinos, 1989
- DESCOLA, P.; PÁLSSON, G.** (coord.) (2001) *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI, 2001
- DWYER, P. D.** (1996) The Invention of Nature. En ELLEN, R.; FUKUI, K. (ed.) *Redefining nature. Ecology, culture and domestication*. Oxford-Washington: Berg, 1996, pp. 157-186
- ELLEN, R.; FUKUI, K.** (ed.) (1996) *Redefining nature. Ecology, culture and domestication*. Oxford-Washington: Berg, 1996
- ELLEN, R. F.** (2001) La geometría cognitiva de la naturaleza. Un enfoque contextual. En DESCOLA, P.; PÁLSSON, G. (coord.) *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI, 2001, pp. 124-146
- FRIGOLÉ, J.** (2007) Los modelos de lo rústico, lo silvestre y lo salvaje. En VACCARO, I.; BELTRÁN, O. *Ecología política de los Pirineos*. Tremp: Garsineu, 2007, pp. 157-171
- GARCÍA CANCLINI, N.** (1999) *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1999
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. T.; CAMARERO RIOJA, L. A.** (2001) Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la postmodernidad. *Política y sociedad*, nº 31, 2001, pp. 55-68
- HARAWAY, D. J.** (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1995
- HARVEY, D.** (2004) *La condición de la postmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004
- HEATHERINGTON, T.** (2001) Ecology, alterity and resistance in Sardinia. *Social Anthropology*, v. 9, part 3., 2001, pp. 289-306
- HERVIEU, B.** (1996) *Los campos del futuro*. Madrid: MAPA, 1996
- NEWBY, H.; SEVILLA GUZMÁN, E.** (1983) *Introducción a la Sociología Rural*. Madrid: Alianza, 1983
- ROBERTSON, R.** (2003) Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad. En MONEDERO, J. C. (coord.) *Cansancio del Leviatán: problemas políticos de la mundialización*. Madrid: Trotta, 2003, pp. 261-284
- VACCARO, I.** (2006) Valles postindustriales. La urbanización de las montañas y sus consecuencias sociales y ecológicas. En FRIGOLÉ, J.; ROIGÉ, X. *Globalización y localidad. Perspectiva etnográfica*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2006, pp. 61-90